

A propósito de “*El Conflicto entre Civilizaciones*”

Respuestas a Samuel P. Huntington

*Fouad Ajami,
Jeannne Kirkpatrick y Albert Weeks*

*L*a tesis de Huntington en torno a las relaciones internacionales en el nuevo milenio —las cuales estarían jalonadas por los conflictos entre civilizaciones, antes que por los conflictos entre Estados-nación (ver *CIENCIA POLITICA* 33, IV Trimestre 1993)— generó una amplia contestación en los círculos intelectuales norteamericanos. A continuación transcribimos algunas de esas respuestas con el propósito de ilustrar los derroteros de un debate definitivamente importante para la comprensión de las relaciones globales¹.

La convocatoria

Fouad Ajami

EN *YOUTH*, DE JOSEPH CONRAD, una novela publicada a finales de siglo, Marlowe, el narrador, recuerda cuando encontró por vez primera “el Oriente”:

Y luego, antes que yo pudiera abrir

mis labios, el Oriente me habló, pero en una voz occidental. Un torrente de palabras fue vertido en el silencio enigmático, fatídico; palabras enojadas, extravagantes, mezcladas con palabras e incluso

frases enteras en buen inglés, menos extrañas pero incluso más sorprendentes. La voz juró y maldijo violentamente; rompió la solemne paz de la bahía con una descarga de improperios. Comenzó por llamarme cerdo, y de ahí fue en crescendo en adjetivos inmensoables —en inglés—.

El joven Marlowe sabía que incluso la civilización más remota había sido hecha y rehecha por Occidente y de él había recibido enseñanzas sobre nuevas formas de ser.

No lo piensa así Samuel P. Huntington. En un curioso ensayo, *El conflicto entre civilizaciones*, Huntington concibe a su civilización como intacta y entera, hermética bajo un cielo eterno. Enterradas en vida durante los años de la guerra fría, las otras civilizaciones (islámicas, eslavo-ortodoxas, occidentales, confucianas, japonesas, hindú) ascendieron tan pronto la piedra rodó y procedieron a reclamar la lealtad de sus partidarios. A este estudiante de la historia y de la cultura, las civilizaciones siempre le han parecido criaturas confusas. Y en efecto, son ambiguas las

brechas existentes a lo largo de todas las civilizaciones, como nos lo enseñó la modernidad. Pero Huntington privilegia el pasado para ordenar los torcidos y serpenteantes callejones del mundo. Con un lápiz afilado y una mano diestra Huntington señala dónde termina una civilización y dónde el desierto de "la otra" comienza.

Aún más sorprendente es la actitud de Huntington hacia los Estados y su lugar en el esquema global. El, uno de los más brillantes e influyentes estudiosos del Estado y su interés nacional, escribe ahora un ensayo que prescinde de la astucia de los Estados, de la naturaleza no sentimental y de la sangre fría de gran parte de lo que ellos hacen cuando escogen su camino a través del caos. Pese al pasaje obligatorio de que los Estados permanecerán como "los más poderosos actores en los asuntos mundiales", son desechados por inútiles y su lugar es dado a las civilizaciones en lucha. En palabras de Huntington, "la siguiente guerra mundial, si hay una, será una guerra entre civilizaciones".

El poder de la modernidad

LA MEDITACIÓN DE HUNTINGTON ha sido ocasionada por su interés en el Estado occidental, en su poder y en los

términos de su compromiso con "el resto"^{1A}. "El que da, domina", observó, acerca del intercambio entre civilizaciones, el gran

historiador Fernand Braudel. Al construirse a través de los siglos, Occidente ayudó a las demás culturas a hacerse. Hemos llegado al final de este sendero, está seguro Huntington, quien está impresionado por la "des-occidentalización" de las sociedades, su "indigenización" y su aparente complacencia en seguir sus propias rutas. Desde su punto de vista fenómenos tales como la "hinduización" de la India y el fundamentalismo islámico son ascendentes, asignándoles gran fuerza y poder a estas "desviaciones" hacia la "tradicición".

Pero Huntington está equivocado. Ha subestimado la tenacidad del secularismo y la modernidad en sitios que adquirieron estas características. La India no se volverá un Estado hindú y la herencia del secularismo indio se mantendrá: la vasta clase media lo defenderá, conservando intacto el orden para mantener el lugar de la India —y de ellos mismos— en el mundo moderno.

Existe en la política anárquica un sueño instintivo de jugar con fuego que puede consumirla. El *chauvinismo* hindú puede embrutecer la vida pública del país, pero el Estado y la clase media que lo sostienen saben que una desviación hacia el fanatismo religioso es arrojarse al abismo. Una clase

media recursiva participa de la cultura y de las normas globales. Ha pasado un siglo desde que la burguesía india, a través de su vehículo político, el Congreso Nacional Indio, salió por sí misma a reclamar un lugar entre las naciones. Fuera de aquella larga lucha para salir de la dominación británica y de la lucha paralela contra el "comunalismo", defender la idea nacional contribuye a construir un Estado fuerte y duradero. Ellos no cambiarán todo esto por un reino político de pureza hindú.

Hemos estado escuchando acerca de los tradicionalistas, pero no debemos exagerar su poder, porque las tradiciones a menudo son insistentes y ruidosas cuando se rompen, cuando la gente realmente no cree más en ellas y cuando las costumbres envejecidas pierden su habilidad para conservar a los hombres y mujeres en casa. El fenómeno que hemos interpretado como fundamentalismo islámico es menos un signo de resurgimiento que de pánico, desconcierto y culpa por el hecho de que la frontera con lo "otro" haya sido cruzada. Aquellos jóvenes pobres urbanos, medio educados en las ciudades del mundo árabe, y sus predicadores laicos educados en la Sorbona, ¿podrán ser evidencia de un retorno genuino a la tradición? Ellos

11 *Foreign Affairs*, septiembre/octubre 1993.

atravesaron las puertas de Europa y América en busca de libertad y trabajo, y al mismo tiempo se fueron lanza en ristre contra los "pecados" de Occidente. Es fácil entender la frustración de Huntington con este tipo de complejidad, con la extraña mezcla de atracción y repulsión que engendra Occidente, y su necesidad de simplificar los asuntos para trazar las fronteras de las civilizaciones. Los monjes tradicionales no son una prueba, por tanto, de que las civilizaciones no occidentales estén intactas, o que sus tradiciones sean una indicación de su vitalidad, o que representen una amenaza armada real. Incluso un ataque total y de largo alcance contra la hegemonía occidental como el lanzado por la revolución teocrática iraní podría fallar en el intento de borrar la influencia de las costumbres occidentales al interior del país. La revolución islámica iraní nació de la certeza que tenía el "Imán armado" de que su gente estaba siendo seducida por la forma de vida americana. Las puertas habían estado abiertas en los setenta, y el alto muro que el Ayatollah construyó alrededor de su política fue una respuesta a aquella seducción cultural. Hundido, Irán fue rescatado por hombres que reclamaban la autenticidad como su bandera. Un extremo sucede al otro. "Rezamos por lluvia y misericordia y recibimos inundaciones", fue la forma en que lo puso Mehdi Bazargan, un modernista que era Primer Ministro de Khomeini. Pero el milenio ha caído

a tierra, y el sueño de una revolución panislámica en la imagen de Irán se ha desvanecido en el viento. El terror y la injusticia se han puesto al día con la utopía. Sudán pudo emular el "ejemplo revolucionario" iraní. Pero esto sólo significaría la posterior pauperización y ruina de una tierra desesperada. No hay rehabilitación del ejemplo iraní.

Una batalla hace estragos en Argelia —una sociedad mediterránea, cercana a Europa, un país productor de vino— y también en Egipto, entre los poderes seculares existentes y la alternativa islámica. Pero no debemos apresurarnos en imprimir obituarios para aquellos Estados. En Argelia la *nomenklatura* del Frente Nacional de Liberación falló y desencadenó una revuelta de los jóvenes, los desclasados y los excluidos. La revuelta levantó una bandera islámica. Atrapados entre un régimen que desdeñan y un reino de virtudes que temen, los profesionales y las mujeres y los modernistas de la clase media ofrecieron su apoyo a las fuerzas del "orden". Celebraron la fuerte represión de los islámicos; permitieron la interrupción de un proceso democrático que seguramente les habría dado el poder a los mismos y aceptaron las "libertades" protegidas por la represión.

El tema de Argelia se repite en el caso egipcio, aunque el dilema sobre su oposición islámica no es tan agudo. Los islámicos continúan acosando al Estado, pero no pueden derribarlo. No hay probabilidad de

que el Estado egipcio —ahora conducido con suficiente complacencia y corrupción para soportar la celebrada paciencia y buen humor de los egipcios— caiga. Este es un país antiguo y escéptico. Es suficientemente sabio como para entregarse a los reforzadores del dogma religioso radical.

Tampoco Turquía perderá su rumbo, volviendo la espalda a Europa y persiguiéndola luego de algunas tentaciones imperiales en los quemados dominios de Asia Central. Huntington plantea que la modernidad de un país y el secularismo se reducen, cuando escribe que los turcos —rechazando a la Meca y rechazados por Bruselas— probablemente encabezarán Tashkent en busca de un papel panturco. No hay un viraje hacia tal pasado imperial. Atartuk cortó aquel vínculo con furia, volcó a su país hacia Occidente y se incorporó a la civilización de Europa sin escrúpulos ni segundas intenciones. Es en Frankfurt y Bonn —y Washington— no en Baku y Tashkent que está fija la atención de los turcos. Los herederos del legado de Atartuk son demasiado astutos para perseguir la gloria imperial, reuniendo entre ellos los dispersos dominios de los pueblos turcos. Luego de perder sus posesiones europeas, los turcos se aferraron a Tracia y a todo aquello que representa su vínculo con Europa.

Huntington ve batallas por lazos civilizacionales y fidelidades cuando lo que hoy es luchas por porciones del mercado, y competencia en una economía mundial despiadada. Por su parte, los "empresarios gurus" y aquellos que creen que los intereses han vencido las pasiones en el mundo de hoy nos dicen que los hombres quieren Sony, no suelo². Hay gran parte de verdad cuando predicán el agotamiento de las utopías y el desgano por aventurarse en conflictos por principios o creencias. Es difícil pensar en Rusia, destrozada como lo está por la inflación, levantando la gran causa de un "segundo Bizancio", portador de la antorcha eslavo-ortodoxa.

¿Y dónde está el mundo confuciano del que habla Huntington? En las tierras laboriosas e industrializadas de la Cuenca del Pacífico, donde la política y la ideología han sido sublimadas por la actividad financiera, al punto que las naciones de Asia Oriental se han convertido en verdaderos talleres. La civilización de Catay ha muerto; el archipiélago Indonesio es sordo al llamado de los radicales religiosos en Teherán en tanto trata de ponerse al día con Malasia y Singapur. Un viento diferente sopla en las tierras del Pacífico. En aquel mundo lo económico, no lo político, está al comando. El mundo es de lejos mucho menos antiséptico de

2/ Kenichi Ohmae, "Los consumidores del globo quieren Sony, no suelo", *New Perspective Quarterly*, Otoño 1991.

lo que Lee Kuan Yew, el sabio de Singapur, quisiera que fuera. Una depuración podría residir en esperar por toda la prosperidad que los años ochenta le trajeron a la región. Pero las tierras de la Cuenca del Pacífico —protegidas, es seguro, por una sombrilla de seguridad americana— no están listas para una gran ruptura con el resto del mundo. Y si hubiera conflictos allí, éstos surgirían al interior de sus límites, no a lo largo de las

líneas civilizacionales.

Las cosas y formas con y en las que el Occidente se impuso sobre el "resto" se han convertido en las formas de ser del mundo. La idea secular, el sistema de Estado y el balance del poder, la cultura pop saltando muros de tarifas y barreras, el Estado como un instrumento de bienestar, todo esto se ha interiorizado en los lugares más remotos. Hemos provocado las mismas tormentas en que ahora montamos,

La debilidad de la tradición

LAS NACIONES "HACEN TRAMPA"; falsifican las identidades y los intereses. Sus senderos serpentean. Uno pensaría que el tráfico de armas desde Corea del Norte y China hacia Libia, Irán y Siria muestra que los Estados se asociarán con cualquier civilización, incluso si es extraña, siempre que el precio sea correcto y los beneficios sean manifiestos. Huntington voltea este acto rutinario de egoísmo en una siniestra "conexión confuciano-islámica". Existen mejores explicaciones: el comercio de renegados, la piratería evidente y la "economía subterránea" que recoge el cisco dejado por los grandes distribuidores de armas (los Estados Unidos, Rusia, Gran Bretaña y Francia).

En contraste con la forma en

que Huntington observa las cosas está la descripción de Braudel del tráfico entre la cristiandad y el Islam a lo largo del Mediterráneo en el siglo XVI (y era ésta una época religiosa), luego de la caída de Constantinopla y de Granada: "Los hombres pasaban de un lado a otro, indiferentes a las fronteras, Estados y credos. Estaban más preocupados de las necesidades de la navegación y el comercio, los peligros de la guerra y la piratería, las oportunidades para ser cómplices o traicionar según las circunstancias"³.

Esas "complicidades" y ambigüedades se pierden en el análisis de Huntington. Para él el problema cultural subyace en los rincones y escondrijos —y en los puestos de control— de los Balcanes.

Huntington va donde sólo los valientes se atreverían, a aquel cinturón de poblaciones mezcladas que se extienden del Adriático al Báltico. Nacionalismos sin cuenta tienen allí su hogar, todos ofendidos, todos poseídos por memorias de un pasado fabulado e igualmente listos para las promesas demagógicas de ordenar un mapa desordenado. En el pasaje de estos panmovimientos, encuentra la línea que marcó "el límite oriental de la Cristiandad Occidental en el año 1.500". La lucha por el césped entre nacionalistas croatas y su contraparte Serbia, su "aventura común" en repartirse a Bosnia, son hechas en medio de los herederos de Roma, Bizancio y el Islam.

Pero ¿por qué deberíamos caer en este tipo de determinismo? "Un extranjero que viaja en la autopista entre Zagreb y Belgrado es alcanzado no por la brecha histórica que corre a lo largo de la exuberante planicie Eslava sino por lo contrario: serbios y croatas hablan el mismo idioma, dan o toman unos pocos cientos de palabras, han compartido la misma vida en las villas por siglos"⁴. El genio cruel de Slobodan Milosevic y Franjo Tudjman, hombres familiarizados con las tierras y situaciones de peligro, fue lanzar sus pretensiones de poder en medio de grandes compromisos civilizacionales: los baluartes de la Ilustración

defendidos contra el Islam o, en el caso de Tudjman, contra los herederos de la fe eslavo-ortodoxa. Las diferencias tenían que ser exageradas. Una vez Tito, otro opresor de oportunidad, había salido de la escena, el acto de balanceo entre las nacionalidades quedó en veremos. Serbia había tenido alguna hegemonía en el antiguo sistema. Pero del mundo que surgía en el horizonte —privatización y reforma económica— los serbios estaban menos seguros. Los ciudadanos de Sarajevo y los croatas y eslovacos tenían un punto de partida en los campesinos serbios. Y así los serbios montaron a caballo en el nuevo orden de cosas con desenfadado abandono.

Algunos voluntarios musulmanes vinieron a Bosnia, conducidos por la fe y el entusiasmo. Huntington ve en estos pocos rezagados el amplio poder de "exhortación civilizacional", prueba del dominio de lo que él llama el "síndrome de país-pariente". Esto es una ilusión. Ninguna caballería musulmana cabalgó nunca al rescate. Los iraníes pueden haberse encarrilado en una guerra sagrada, pero los *Chetniks* prosiguieron con su trabajo. El trabajo de orden y piedad habría tenido que ser hecho por los Estados Unidos si la cruel utopía de los serbios fuera a ser contestada.

No se deberían haber ejercido poderes proféticos para predecir

³ Ferdinand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe segundo*. Vol. II, Hasper And Row, 1976, p. 759.

⁴ Michael Ignatieff, "La tragedia de los Balcanes", *New York Review of Books*, Mayo 13, 1993.

dónde acabaría la guerra en los Balcanes. El abandono de Bosnia fue el de una pieza del mundo. Nadie quería morir por Srebrenica. Los europeos apartaron su mirada, como ha sido su costumbre. Los americanos vacilaron por un momento hasta que el impulso de quedarse fuera de los Balcanes fue cuestionado por las escenas de horror. Luego la "prudencia" triunfó. Milosevic y Tudjman pueden necesitar leyendas civilizacionales, pero no hay necesidad de invertir sus proyectos de conquista con este tipo de significaciones.

En su impulso por encontrar guerras crueles a través de las "fronteras sangrientas" del Islam, Huntington toma la explicación de la Guerra del Golfo de Saddam Hussein. Fue, para Saddam y Huntington, una batalla civilizacional. Pero el veredicto de la Guerra del Golfo fue enteramente diferente. Porque allí hubo una campaña que dejó descubiertos los intereses de los Estados y lo lejos a lo que ellos irían para restaurar un balance tolerable del poder en un lugar de importancia. Un déspota local se había levantado y un gran poder desde lejos había venido al rescate. El pelotón reunido por los americanos tenía saudíes, turcos, egipcios, sirios, franceses, británicos y otros jinetes.

A decir verdad, cuando el sueño de hegemonía de Saddam Hussein quedó hecho polvo, los secularistas declarados que habían devastado el *ulama*, los hombres religiosos en su país, cayeron en el lenguaje de fuego y pedrea del Ayatollah Khomeini y se apropiaron del simbolismo y del grito de lucha de su vieja justicia iraní. Pero pocos, si hubo alguno, creyeron esta súbita conversión en la fe. Ellos conocían al depredador por lo que era: tenía un ministro cristiano extranjero (Tariq Aziz); había combatido la revolución iraní por cerca de una década y se había enorgullecido por el secularismo de su régimen. Hombres prudentes del orden político y social, los *ulama* se apartaron de la vía y dieron a su Estado el lugar que necesitaba para vigilar al depredador desde la frontera Saudí/Kuwaití⁵. Sabían que era uno de aquellos momentos en que la pureza debía ceder a la necesidad. Diez días después Saddam se ocultó en Kuwait, el cuerpo religioso más autoritario de Arabia Saudita, el Consejo del *Ulama* Superior, promulgó una *fatwa*, o ley de opinión, apoyando la presencia de Arabes, islamitas y "otras fuerzas amigas". Todos los medios de defensa, señalaba el *ulama*, eran legítimos para garantizar al pueblo "la seguridad

de su religión, su salud y su honor y sangre, para proteger a los que disfrutan de seguridad y estabilidad". Cerca, en Egipto, la figura líder religiosa, el Jeque de Al Ashar, Jadd al Haq, denunció a Saddam como tirano y rechazó sus pretensiones islámicas como una cubierta para la tiranía.

Tampoco la retórica del jefe iraní, el líder religioso Ayatollah Alí Khomeini, contra los americanos, durante la Guerra del Golfo, pudo ser tomada como evidencia de la disposición de Irán hacia esta campaña. Hombres astutos, los jefes iraníes no participaron en esa guerra. Comenzaron a surgir como los principales beneficiarios de la derrota de Irak. La campaña conducida por Estados Unidos contra Irak ofrecía la promesa de inclinar el balance regional en su favor. Ninguna lágrima se vertió en Irán por lo que aconteció con el régimen de Saddam Hussein.

En el don mezclado de vivir en sitios duros es donde los hombres y mujeres aprenden a distinguir entre lo que escuchan y lo que sucede: ninguna ilusión acerca de Saddam

se levantó a lo largo de las vastas extensiones del mundo musulmán árabe. La pelea en el Golfo fue vista como lo que era: un intento por tomar la primacía en una expedición imperial que condujo al desastre. Un círculo se cerró en el Golfo: donde alguna vez el orden "al este del Suez" había sido responsabilidad de los británicos, ahora había sido provisto por la *Pax* americana. El nuevo poder que permanece haciendo guardia en el Golfo pertenece a la civilización occidental, como el anterior. Pero la presencia americana contaba con el consentimiento de los países árabes del Golfo Pérsico.

El mundo del islam se divide y se subdivide. Las líneas de batalla en el Cáucaso, no son coextensivas con las líneas de falla civilizacionales. Las líneas siguen los intereses de los Estados. Donde Huntington ve un duelo civilizacional entre Armenia y Azerbaijan, el Estado iraní ha visto celo religioso y fidelidad al viento. Efectivamente, en tal batalla los iraníes se han inclinado hacia la Armenia cristiana.

El mandato judicial de los Estados

HEMOS INGRESADO A UN NUEVO mundo, de seguro. Pero no es un mundo en el que el mandato de las civilizaciones se imponga. Las civilizaciones y las fidelidades civilizacionales permanecen. Hay en ellas una medida asombrosa de permanencia. Pero seamos claros:

las civilizaciones no controlan los Estados, los Estados controlan a las civilizaciones. Los Estados desvían su mirada de los lazos de sangre cuando lo necesitan; ven la hermandad y la fe y a los parientes cuando es de interés hacerlo.

Permanecemos en un mundo

5/ Huntington cita a un Safar al Hawali, radical religioso en la Universidad de Umm al Qura en la Meca, para defender la idea según la cual la campaña contra Irak era otra cruzada de Occidente contra el Islam. Pero esto no puede ser una evidencia. Safar al Hawali era un excéntrico. Entre la clase *ulama* y los estudiosos religiosos en Arabia Saudita él era, para todos los propósitos, un solitario.

fragmentado. La soledad de los Estados continúa; el desorden en el mundo contemporáneo ha vuelto más pronunciada aquella soledad. Ninguna vía se ha encontrado aún para reconciliar a Francia con la hegemonía de la *Pax* americana, o para convencerla en confiar su seguridad o ceder su juicio al poder occidental preeminente. Y ningún azerí ha propuesto una vía en las tierras del Islam que pudiera reunirlos para pelear en Nagorno Karabaj. El cielo no ha caído en Kuala Lumpur o en Túnez sobre el revés de Azerbaiján en su lucha con Armenia.

La lección que nos legó Tucídides en su célebre diálogo entre los melios y los atenienses se conserva. Los melios, se recordará, fueron una colonia de los lacedemonios. Asediados por Atenas, resistieron y estaban seguros que los lacedemonios estaban "obligados, así fuera por vergüenza, a venir en ayuda de sus parientes". Los melios nunca vacilaron en su confianza en sus aliados "civilizacionales": "Nuestra sangre común asegura nuestra fidelidad"⁶. Sabemos qué sucedió a los melios. Sus aliados no aparecieron, su isla fue saqueada, su mundo conducido al desastre. ☉

El imperativo de la modernización: Tradición y Cambio

Jean J. Kirkpatrick

ME APROXIMO AL TRABAJO DE Samuel P. Huntington con un fuerte interés y grandes expectativas. Como la mayor parte de los científicos sociales, he aprendido mucho de sus escritos. Ahora en su artículo *El conflicto entre civilizaciones* una vez más provoca nuevas preguntas.

En su ensayo, Huntington afirma que las civilizaciones son

reales e importantes y predice que "los conflictos entre las civilizaciones suplantarán a las luchas ideológicas y a otras formas de disputa como la forma global de confrontación dominante". Posteriormente argumenta que las instituciones para la cooperación probablemente se desarrollarán más al interior de las civilizaciones y que los conflictos más a menudo

se producirán entre grupos de diferentes civilizaciones. Todas éstas me parecen proposiciones muy interesantes pero dudosas.

La clasificación de Huntington de las civilizaciones contemporáneas es cuestionable. El identifica "siete u ocho civilizaciones importantes" en el mundo contemporáneo: occidental (que incluye las variantes europea y norteamericana), confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslavo-ortodoxa, latinoamericana "y posiblemente africana".

Esta es una lista extraña.

Si la civilización es definida por elementos objetivos comunes tales como el idioma, la historia, la religión, las costumbres e instituciones y, subjetivamente, por la identificación, y si es el más amplio nivel de la colectividad con el que las personas se identifican intensamente, por qué distinguir "Latinoamérica" de la "civilización occidental"? Como Norteamérica, América Latina es un continente colonizado por europeos que traían consigo idiomas europeos y una versión europea de la religión judeocristiana, del derecho, la literatura y de los roles generales. El componente indio de la cultura latinoamericana es más importante en algunos países (México, Guatemala, Ecuador y Perú) que en Norteamérica. Pero la influencia africana es más importante en los Estados Unidos que en el resto, excepto en unos pocos países de América Latina (Brasil, Belice y Cuba). Ambos, Norte y Sur América son europeos "occidentales" con

una mezcla de otros elementos.

¿Y qué es Rusia sino "Occidental"? Las denominaciones Oriente y Occidente de la guerra fría tenían sentido en un contexto europeo, pero en un contexto global las personas eslavo-ortodoxas son europeos que participan de la cultura occidental. La teología y la liturgia ortodoxa, el leninismo y Tolstoi son expresiones de la cultura occidental.

No es claro tampoco que por siglos las diferencias entre las civilizaciones hayan conducido a los conflictos más largos y violentos. Al menos en el siglo XX, los conflictos más violentos han ocurrido al interior de las civilizaciones: las purgas de Stalin, el genocidio de Pol Pot, el holocausto nazi y la Segunda Guerra Mundial. Se podría argumentar que la guerra entre los Estados Unidos y Japón envolvía un conflicto entre civilizaciones, pero aquel tipo de diferencias jugaba un papel pequeño en esa guerra. Los lados Aliados y el Eje incluían miembros asiáticos y europeos.

La liberación de Kuwait tampoco fue un conflicto entre civilizaciones más que la Segunda Guerra Mundial o que las guerras en Vietnam y Corea. Como Corea y Vietnam, la Guerra del Golfo opuso a un gobierno musulmán no-occidental contra otro. Una vez se había dado la agresión, los Estados Unidos y otros gobiernos occidentales se vieron envueltos por razones geopolíticas que trascendían las diferencias culturales. Saddam

⁶ Tucídides, *La Guerra del Peloponeso*, pp.334-335

Hussein hubiera querido que el mundo pensara de otra manera.

Luego que los Estados Unidos movilizaran una coalición internacional contra Irak, Saddam Hussein, hasta entonces líder de un régimen revolucionario secular, convocó a las oraciones públicas y apeló a la solidaridad del mundo musulmán. Algunos militantes, fundamentalistas islámicos antioccidentales, nos recuerda Huntington, respondieron con afirmaciones de que esa guerra era una guerra de "Occidente contra el Islam". Pero pocos lo creyeron. La mayor parte de los gobiernos de sociedades predominantemente musulmanas se reunieron para apoyar a Kuwait antes que para "salvar" a Irak.

En Bosnia, los esfuerzos de Radovan Karadzic y otros extremistas serbios para presentarse a sí mismos como baluartes contra el Islam dejaron de ser persuasivos, aunque la pasividad de la Comunidad Europea, los Estados Unidos, la OTAN y las Naciones Unidas en frente a la brutal agresión serbia contra Bosnia ha estimulado finalmente alguna solidaridad musulmana tangible. Pero la mayoría de gobiernos de Estados predominantemente musulmanes han sido reacios a tratar el conflicto Bosnio como una guerra religiosa. El gobierno Bosnio mismo se ha resistido a cualquier tentación de presentar sus problemas como Islam versus el mundo judeocristiano. El hecho de que fuerzas serbias iniciaran sus ofensivas contra Croacia

y Eslovenia debería colocar la cuestión de los motivos y las metas serbias, que son el engrandecimiento territorial, no la guerra sagrada.

Indudablemente existen importantes diferencias sociales, culturales y políticas entre las civilizaciones musulmanas y las judeocristianas. Pero las diferencias más importantes y explosivas que envuelven a los musulmanes se encuentran en el interior del mundo musulmán entre personas, partidos y gobiernos que son razonablemente moderados, no expansionistas y no violentos y aquellos que son antimodernos y antioccidentales, extremadamente intolerantes, expansionistas y violentos. El primer objetivo de los fundamentalistas islámicos no es otra civilización, sino sus propios gobiernos. "Por favor no los llamen fundamentalistas musulmanes", me dijo un amigo musulmán profundamente religioso. "Ellos no representan una versión más fundamental de la religión musulmana. Son simplemente musulmanes que son también extremistas políticos violentos".

También en otros sitios, el conflicto entre fanatismo y constitucionalismo, entre ambición totalitaria y la regla de la ley, existe al interior de las civilizaciones en una forma más clara, más pura que entre ellas. En Asia el conflicto más intenso puede presentarse entre diferentes versiones de ser indio o de ser chino.

Sin duda, las civilizaciones son importantes. Erosionando el poder de las culturas nacionales y locales

y las identificaciones, la modernización realza la importancia de grandes unidades de identificación como son las civilizaciones. Huntington está también de acuerdo en que las comunicaciones globales y el aumento en la migración exacerbaba el conflicto al poner valores y modos de vida diametralmente opuestos en contacto directo unos con otros. La inmigración trae prácticas exóticas en las escuelas, vecindarios y otras instituciones de la vida cotidiana y desafía el cosmopolitismo de las sociedades occidentales. La tolerancia religiosa en abstracto es una cosa; chicas con velos en las aulas de clase francesas son otra. Tales desafíos no son bienvenidos en todas partes.

Pero Huntington, que ha contribuido mucho a nuestra comprensión de la modernización y el cambio político, conoce también las formas en que la modernización cambia a las personas, las sociedades y la política. Conoce las muchas maneras en que la moderniza-

ción es igual a la occidentalización—concebida en general— y que ella puede producir reacciones y amargas hostilidades. Pero sabe también cuán poderoso es el momento de las rutas occidentales de la ciencia, la tecnología, la democracia y el mercado libre. Sabe que la mayor cuestión para las sociedades nooccidentales es si pueden ser modernas sin ser occidentales. El considera que Japón ha tenido éxito en esto. Tal vez.

Probablemente acierta en que la mayoría de las sociedades simultáneamente buscarán los beneficios de la modernización y de las relaciones tradicionales. En el punto en que ellas y nosotros estamos, el éxito es la preservación de nuestras tradiciones aunque aceptando los cambios sin fin de la modernización; evidentemente nuestras diferencias mutuas se preservarán y la necesidad ya no solamente de una sociedad pluralista sino de un mundo pluralista se tornará cada vez más aguda. ☉

* * *

¿Se mantienen las civilizaciones?

Albert L. Weeks

SAMUEL P. HUNTINGTON HA resucitado una vieja controversia en el estudio de los asuntos internacionales: la relación entre los procesos "microcósmicos" y los "macrocósmicos". Aquellos son

los partidarios de la antigua elección del Estado nación como unidad básica, o factor determinante, en el *yin* y el *yang* de la política mundial. Los "macros", por su parte, observan los asuntos

mundiales desde el elevado nivel de las civilizaciones a las que los Estados nación pertenecen, las cuales concurren a determinar sus conductas.

De un grado al otro, una buena porción del de esta última perspectiva, aunque se pueda ser reacio a admitirlo, deriva de Oswald Spengler, Arnold Toynbee, Quincy Wright, F.N. Parkinson y otros. En contraste, estudiosos como Hans J. Morgenthau, John J. Herz y Raimond Aron han tendido a cortar hacia la escuela "micro".

Ambas escuelas comenzaron a debatir el asunto vigorosamente en los años cincuenta. Que Huntington esté resucitando la controversia cuarenta años después es un claro síntoma de los vacíos del globalismo —específicamente la idea de establecer un "nuevo orden mundial"— para echar raíces y de su falla en encontrar sentido en las tendencias y eventos contradictorios. Su intención es encontrar determinantes nuevas, fácilmente identificables en una conducta internacional contemporánea cuasicaótica y así conseguir un asidero en el caleidoscopio global.

Su metodología no es nueva. Al defender la óptica macrocósmica en los años cuarenta, Toynbee distinguió lo que llamó civilizaciones primarias, secundarias y terciarias según el tiempo de su aparición en la historia, afirmando que sus atributos continuarán influenciando los eventos contemporáneos. Wright, también aplicando un método histórico, clasificó a las

civilizaciones como "belicosas" (incluyendo la siria, la japonesa y la mexicana), "moderadamente belicosas" (germánica, occidental, rusa, escandinava, etcétera) y "más pacíficas" (tales como la irlandesa, India y China). Como Toynbee y ahora Huntington, atribuyó significación contemporánea a esos factores. La clasificación de Huntington, aunque diferente en varios aspectos de la de sus ilustres predecesores, identifica también determinantes en gran escala para las "civilizaciones".

Su intento, sin embargo, posee sus propias líneas de quiebre. Las líneas son los límites que abarca cada Estado nación distinto y que cortan sin piedad las pretendidas civilizaciones en trozos. Con el pegante cultural y religioso de aquellas "civilizaciones" roto, con el régimen político de las naciones Estados proveyendo los principales vínculos, la fractura y la cancelación de la propia macroescala de Huntington son inevitables.

El mundo permanece fracturado a lo largo de líneas políticas y posiblemente geopolíticas; las determinaciones culturales e históricos son mucho menos vitales y virulentas. La política, los regímenes e ideologías están determinadas por alguna extensión cultural, histórica y "civilizacional". Pero tomadas en el marco del Estado nación tales factores son los que permanecen, tozudamente, como los ejes singulares más identificables de los eventos en la arena internacional. ¿De qué otra manera

podríamos explicar las "deserciones" repetidas de los Estado nación con respecto a sus "civilizaciones" colectivas? Como Huntington mismo señala, en la Guerra del Golfo "un Estado árabe invadió a otro y luego enfrentó una coalición de Estados árabes, occidentales y otros".

Raymond Aron describe finalmente la primacía de la integridad política y la independencia de un Estado nación, su territorialidad inviolable y su impermeabilidad de soberanía. El observó que "los

hombres han creído que el destino de las culturas estaba en juego en los campos de batalla, al mismo tiempo que el destino de las provincias". Pero, agregó, permanece el hecho de que los Estados soberanos están ocupados en una competencia por el poder y las conquistas ... En nuestros tiempos el fenómeno más importante de la escena internacional es la heterogeneidad de las unidades estatales, no las agregaciones supranacionales.☺